

Ecós de la Mesa Redonda sobre Sublimación¹

*Andrés Fractman, Luis Hornstein y
Carlos Moguillansky*

Durante cuatro meses el Departamento de Niñez y Adolescencia se abocó al estudio del concepto de sublimación. Esta tarea culminó con una Mesa Redonda en la que participaron los Dres. Andrés Fractman, Luis Hornstein y Carlos Moguillansky, bajo la coordinación del Dr. Gerardo Rubinstein.

Dado el interés que despertaron los conceptos allí vertidos, *Psicoanálisis* les solicitó a los participantes, para su publicación en este número, *Los Caminos de Eros*, una síntesis de sus aportaciones.

ANDRES FRACTMAN: LA SUBLIMACION ENTRE LA TEORIA Y LA CLINICA PRECONCEPTOS Y AFIRMACIONES

En la teoría psicoanalítica la sublimación aparece anudada al concepto de pulsión y acompaña a sus transformaciones. Aunque forma parte de los conceptos problemáticos, Freud se impondrá acompañarla en los distintos momentos de su producción, la ampliará o colocará en nuevos contextos, abordará contradicciones, pero no la suprimirá ni renunciará a ella.

Su aparición en la primera década del 1900, apogeo de la primera tópica, la hace dependiente del estricto determinismo

¹ Organizada por el Departamento de Niñez y Adolescencia de APdeBA, que tuvo lugar en Agosto del 2000.

que prevalecía en ese momento por el cual la teoría debía dar cuenta absolutamente de todos los fenómenos ocurridos en su campo y así se instala en el vocabulario propio del psicoanálisis.

La sostuvo en los vaivenes que lo llevaron a tratar de incluirla en la Metapsicología del 15 y fracasar (fue uno de los manuscritos destruidos) pero la incluyó significativamente en el “giro” del 20, en los “escritos sociales” y en los relativos a la sexualidad del 30, ya articulados, dentro la segunda tópica, con el SuperYo y con la pulsión de muerte.

Mientras en la teoría estaba firmemente expuesta en “Tres ensayos...”, si rastreamos su inclusión en la clínica de Freud nos esperan la sorpresa y la desilusión.

Partiendo de Dora, a la que muestra avasallada por los deseos, sintomatizándolos, pero capaz todavía de un éxtasis frente a la pintura de la Madonna, no reconoce la sublimación en sus intereses culturales, la lectura y el arte.

Tampoco en el “Hombre de las ratas” relacionó la represión de la curiosidad sexual puberal identificada como el primer momento de su neurosis, que retornaría luego como síntoma, en la dificultad de estudiar y terminar la carrera de abogado. Esto fue precisamente, junto con las ideas obsesivas, el motivo de su consulta. Tampoco reconoció la relación entre su elección vocacional y los sentimientos hostiles y manejos tramposos con que los abogados se pueden ocupar de los asesinos y ladrones como impedimentos para sublimar.

En cambio, y aunque en una discreta nota al pie, aparece con su propio nombre, sublimación en “Juanito”. Se refiere a que durante ese análisis con su padre, que era músico, el niño tan pendiente de ruidos y movimientos, empezó su formación musical, que fue parte importante de su desempeño profesional adulto. Esta referencia apenas pasaba de dos líneas.

Recién ingresa al texto corriente en el “Hombre de los lobos” donde la devoción religiosa es entendida como sublimación del vínculo homosexual con el padre, unida a rasgos sintomáticos constituidos. También la relaciona con el interés por todo lo alemán, desde los uniformes militares hasta los pensadores, haciéndolo partir del vínculo con el preceptor, sustituto de ese padre vencido por la melancolía.

Por el contrario donde sí aparece y con entidad clara es en escritos como “La moral sexual y la nerviosidad moderna” o

aquellos que tratan de la psicopatología de la vida erótica y por supuesto en el sorprendente “Leonardo”. Estos trabajos, que datan de alrededor de 1910, no son escritos clínicos en sentido estricto, sino que pertenecen a lo que conocemos como psicoanálisis aplicado.

Conjeturo que una parte de la vulnerabilidad epistemológica del término, radica en el hecho de que a diferencia de otros conceptos fuertes del psicoanálisis (transferencia, inconsciente, repetición, por citar algunos) no nació en la inferencia de la observación empírica. Por lo antedicho aparece alumbrada por una necesidad teórica y metodológica que tendía a cerrar todos los hiatos posibles.

Estas puntualizaciones nos plantean que aunque la sublimación haya dado lugar a múltiples notaciones clínicas, no se puede omitir la diferencia existente entre un concepto que se teoriza a partir de la observación y otro que desde la teorización es impuesto sobre lo observable.

En su devenir la sublimación quedó atrapada en los deslizamientos y omisiones ideológicas. Tanto se repite que los cuatro destinos de la pulsión son la vuelta contra sí mismo, la transformación en lo contrario, la represión y la sublimación, que se desdibuja que la principal finalidad de la pulsión es su satisfacción en la tramitación de la acción específica y que conseguirla representa un logro mayor del Yo en la resolución exitosa de sus vasallajes. Así es como puede llegar a hacerse de la sublimación una especie de “non plus ultra” de la realización pulsional.

Aún así, tiene el mérito de afirmar el origen inconsciente de su constitución donde los mecanismos inconscientes y la represión influyen definitivamente en su forma y contenido.

La articulación simbólica, la misma que está presente en los síntomas (por ejemplo la neuralgia facial representando una bofetada) servirá a la elaboración de las sublimaciones y les brindará singularidad, riqueza y originalidad en su expresión para cada sujeto. Rescata el potencial erógeno de la sexualidad infantil, como en el juego y en la creación artística.

Podemos examinar cómo los mecanismos propios de las diferentes entidades clínicas, pueden originar también distintas calidades sublimatorias.

Si la represión primaria, estructurante del psiquismo, ha sido exitosa, la sublimación dispondrá con mayor libertad de los

contenidos inconscientes. Podrá operar sobre conjuntos de representaciones que abarcan el universo de la psicosexualidad: los representantes de los objetos de deseo y las fantasías. Estas últimas se pueden unir a nivel del Preconsciente con el amor como afecto y con la ternura como pulsión de meta inhibida (considerada ella misma también como una sublimación).

Por otro lado la represión secundaria, como defensa, deberá procesar los productos del retorno de lo reprimido, sofocando previamente aquellos actos que corresponden a la concepción vulgar de la sexualidad.

Como ejemplo, un estudiante que está cursando el ingreso a la universidad “inventa” una lámpara (las comunes no le servían) para poder estudiar. Adapta un críquet inutilizado, que limpia y pinta, y le adosa en un extremo un palo de escoba lustrado que atraviesa el escritorio. Por ese palo circulan dos argollas de las que pende finalmente una lámpara de modo que se pueda desplazar lateralmente.

Si atribuimos significados sexuales a estos elementos, el brillante palo de escoba puede ser asimilado a un pene, más específicamente a un pene fecalizado por lo lustroso, y el críquet inmovilizado, “siempre alzado” a la erección. El desplazamiento de este artefacto remeda groseramente la acción de la masturbación y el coito. Esta escenografía combate la dificultad para concentrarse y estudiar.

Semejante proceder nos ofrece una caricatura de lo que intuitivamente entendemos por sublimación. La rigidez de la represión secundaria de la sexualidad adolescente que actúa sobre el polo motor para sofocar acciones, contrasta con las sublimaciones basadas en una adecuada represión de la psicosexualidad que les brindará un carácter sorpresivo y original.

La intensidad del conflicto impide esperar transformaciones más flexibles del mundo de representaciones o de la organización fantasmática. Más bien forzará la creación de una coraza caracterial.

Una visión desde la segunda tópica, al incluir el concepto de desmentida y su consecuencia: la escisión del Yo, permite atribuir la sublimación a sólo una parte de ese Yo disociado y esto vale tanto para la normalidad y la neurosis como para las estructuras psicóticas y perversas.

En relación con las reconocidas producciones artísticas de

algunos psicóticos, me inclino también a considerarlas como partes más conservadas y disociadas del Yo, al estilo de las parafrenias. Son parte de un intento de restitución, de conectarse con objetos exteriores aprovechando de quienes puedan valorizarlas y permitirles así reconstruir lazos libidinales. Van Gogh, internado en Provenza, pintaba para su médico que lo estimulaba. Pintó campos de girasoles, porque “el amarillo es el color de Dios”, Dios-padre por cuya inspiración Schreber, por su lado, en vez de pintar escribió un tratado.

En casos así, como decía Freud de los juglares que triunfaban logrando ser admirados por los demás gracias a su arte, estos pacientes obtienen suministros libidinales de los espectadores de sus obras. Estos obtienen su propio beneficio, pues ven en los productos estéticos de los psicóticos la posibilidad de omitir el desolador sufrimiento y de alentar en ellos mismos la creencia de que se vuelve fácilmente de la locura.

Así es que enfrentamos escisiones acompañando procesos creativos junto a organizaciones sintomáticas, neuróticas o auto punitivas. Marcel Proust escribe *A la búsqueda del Tiempo Perdido* sin levantarse de la cama, así como Onetti entre nosotros. Dostoievsky necesita perder todo antes de empezar a producir.

La historización y el trabajo de análisis nos rescatarán de este aparente nihilismo. Debemos aventurarnos a recibir dentro de lo no prescripto de antemano a la sublimación modesta y cotidiana, vigorosa palanca para reorganizar el espacio placentero, preservando su singularidad.

Un joven y muy brillante economista, próximo a la bulimia y marcado por un profundo padecimiento infantil, a la par que su actividad lo encorsetaba en el inexorable dictamen de las estadísticas, desarrolla un interés por la práctica de la magia. Magia, además, es el término que utiliza metafóricamente para denominar al enamoramiento.

Estas puntualizaciones alientan a aceptar los resultados de la sublimación aunque sean sorprendidos para nuestras preconcepciones acerca de ella.

Reconocer la sublimación tal como surge, uniéndola a la racionalidad propia de la elaboración analítica, es el germen de análisis provechosos y representa el cumplimiento del compromiso ético del analista donde se incrementa el trabajo analítico.

Así como decimos del sueño que es el guardián del dormir, podríamos afirmar que la posibilidad transformadora que poseen los desarrollos sublimatorios pueden constituirse en guardianes del existir, en la franja de un orden vital posible.

LUIS HORNSTEIN:

A) LAS RELACIONES DE LA SUBLIMACION CON LA IDEALIZACION, EL IDEAL Y LAS IDENTIFICACIONES

La sublimación es una vicisitud pulsional procesada desde la complejidad de una historia identificatoria que permite desplazamientos simbólicos de los objetos primordiales. Historia identificatoria que resulta de los enunciados e imágenes (y su investimento narcisista) que sobre el Yo formularon los objetos investidos. Esa producción de subjetividad marca límites así como abre posibilidades que dependerán de la potencialidad simboliante de los otros significativos.

Es preciso diferenciarla de otros retornos de lo idealizado (idealización, alienación, relaciones narcisistas) y de otros retornos de lo reprimido (formaciones reactivas, síntomas, pulsiones inhibidas en su fin, intelectualización, racionalización). ¿Cómo diferenciar entre síntoma y sublimación? ¿Diferirán sólo en el valor? La sublimación: ¿a qué exigencias pulsionales responde? ¿A qué instancias satisface? ¿De qué angustias defiende?

Freud introdujo la categoría del valor: el Yo se asigna valor a sí-mismo, a sus actividades y a sus objetos. Con la instauración del ideal lo placentero puede (y suele) no coincidir con lo valioso. La sublimación depende de una significación singular que puede estar en concordancia o en discordancia con los valores privilegiados en el campo cultural. Los distintos estratos psíquicos son permeables. Las investiduras, móviles. Por eso puede haber sublimación. Se constituye una superficie de contacto, una intersección, entre el mundo privado y el público.

La noción de sublimación parece prestarse a la idealización, reservarse a los genios, pero hay sublimación también en la vida cotidiana. Podríamos llamar sublimación “pasiva” a la del consumidor de arte: el lector, el oyente, el espectador. Constituye una fuente innovadora de placer aunque está atravesada de riesgos y sufrimientos. Y a veces convive con trastornos severos. Clivajes

que dejaron intactos sectores psíquicos que siguen bajo el predominio de conflictos pulsionales arcaicos, angustias desorganizantes, fantasías persecutorias.

La sublimación y la idealización implican una elaboración psíquica que separa a la pulsión de sus primeros objetos y la conduce hacia otras direcciones. Sin embargo sus diferencias no son desdeñables. En la *idealización* se produce un vaciamiento narcisista a expensas de un objeto externo. En la sublimación el Yo renuncia al anhelo de hallar lo ideal en el exterior. La idealización “*sirve para sustituir un ideal del yo propio no alcanzado*”; el Yo se vuelve más modesto “*a la par que el objeto se hace más grandioso y valioso; al final llega a poseer todo el amor de sí-mismo del yo, y la consecuencia natural es el autosacrificio de éste. El objeto, por así decir, ha devorado al yo*”. Esto es más notorio en el caso de “*un amor desdichado, inalcanzable*.” La entrega del Yo al objeto es patente tanto en el enamoramiento como en “*la entrega sublimada a una idea abstracta*” (Freud, 1921).

Así como en la *idealización* hay empobrecimiento narcisista, en la identificación, “*el yo se ha enriquecido con las propiedades del objeto*”. El idealizante se desprende de su narcisismo en favor del objeto. En la identificación, en cambio, es el Yo el que asume el lugar del objeto.

Una decepción óptima del objeto idealizado genera un Ideal del Yo que cumplirá las funciones de los objetos idealizados. Un sujeto que no ha podido desidealizar es un sujeto “hambriento de ideal” (Kohut) que elegirá objetos que suplen fallas en la “*internalización transmutadora*”.

La *idealización* evidencia el fracaso en modificar las relaciones de objeto primordiales. El ideal, en cambio, es constitutivo del narcisismo trófico imprescindible para que se establezcan proyectos. La sublimación indica qué relación tiene un sujeto con los ideales. La idealización, cuya instancia es el Yo Ideal, genera inhibiciones o alienación y se diferencia de los ideales que se liberan de la omnipotencia y que implican la aceptación de la castración en el registro identificadorio. El ideal ejerce la función de anticipación a sí-mismo, sin el cual se derrumba el proyecto identificadorio. El Yo no es el ideal pero ha de serlo: el Ideal del Yo se genera de un no-ser y aspirar a tener, lo cual implica una separación entre el Yo y el ideal, pero también que desde el ideal

se invista narcisísticamente lo que se supone en estado potencial en el Yo actual. (Hornstein, 2000)

La economía narcisista requiere invertir el Yo actual así como el devenir. Este “devenir” es aquello por medio de lo cual el Yo se auto-anticipa, lo que presupone su posibilidad de invertir el futuro.

B) LAS RELACIONES ENTRE LA SUBLIMACION Y EL PENSAMIENTO, LA ALINEACION Y LA PASION

La pulsión de saber está sostenida por la pulsión visual y los intereses egoístas. Primer engaño y rechazo. Desconfianza. Opiniones incorrectas según los adultos. La sensación de no ser un “niño bueno”. Varios frentes de conflictos. De ellos nace (a veces, no siempre) la autonomía intelectual, el pensar se emancipa y deviene pulsión de investigar. Si la pulsión de saber está apuntalada en el placer del otro, el niño podrá identificarse con ese pensante deseado por la madre.

La curiosidad infantil intenta responder a la pregunta: ¿de dónde vienen los niños? Es una interrogación sobre el origen. Además de leche y sueño, la psiquis pide sentido; necesita organizar todo aquello que se presenta desordenado. La pulsión de saber está marcada por aquello que desde la infancia dejó como efecto un diálogo interiorizado con quienes detentaron el sujeto supuesto saber. Cuando los sistemas cooperan, el pensamiento crea: la búsqueda infantil ha sido derivada hacia objetos actuales. *La racionalización*, en cambio, es un pensamiento que no crea, un mecanismo defensivo, una evitación fóbica de lo pulsional que defiende al Yo contra la irrupción de afectos.

Pensar es crear y no repetir. El deseo de no tener que pensar es la victoria de la pulsión de muerte que convierte al pensamiento en una actividad ecológica, estereotipada, mimetizada con lo idealizado. Ejercer el derecho a pensar supone renunciar a encontrar un otro que garantice lo verdadero y lo falso. El Yo, en adelante, no se limita a aceptar una idea o rechazarla en nombre del placer o del sufrimiento que resulta de eso ni tampoco porque idealice al otro que enuncia. Se instituye una instancia tercera, que desempeñará el papel de garante. Cuando esta instancia se anule (fugaz o largamente), habrá alienación. Si sólo es verdade-

ro lo que enuncia el otro idealizado, el sujeto no puede ser autogarante de sus deseos y de sus proyectos.

La alienación es una renuncia a todo derecho de juicio sobre su pensamiento. Concreta una tentación siempre presente: volver a hallar la certeza excluyendo tanto dudas y conflictos. Quizá ningún sujeto renuncia para siempre a la ilusión de hallar a otro que pueda encarnar su imagen idealizada.

¿Cuáles son las relaciones de la alienación con la pasión? La alienación puede no ser pasional y la pasión por la droga o por el juego no comporta necesariamente alienarse en otro. La diferencia entre la pasión y el amor no es cuantitativa, sino cualitativa. La pasión excluye lo compartido y la reciprocidad. Para el apasionado, el otro se convierte en objeto de necesidad y su propio Yo está privado de aquello que sólo el objeto podría hacer posible.

Alienado lo mismo que apasionado, el sujeto huye del conflicto ilusionándose con que el objeto alienante o el objeto de la pasión lo preserva de sufrimiento psíquico.

Piera Aulagnier se interrogó acerca de si la relación pasional señala un déficit de la fusión pulsional propia de ciertos sujetos, mientras que otros estarían protegidos por una intrincación pulsional relativamente estable. ¿Habría una suerte de potencialidad pasional? O, segunda opción, ¿todo sujeto preserva una tentación pasional? Se inclina por esta segunda posibilidad y advierte sobre el riesgo de “abuso de transferencia”.

Cuando se activa la ilusión, se abandona siquiera parcialmente el examen de realidad. Prevalece el representante del Ideal del Yo: el grupo íntegro o su jefe. Es lo que ocurre en el enamoramiento y en la hipnosis... y en la situación psicoanalítica cuando la contratransferencia hace que el psicoanalista se convierta en el depositario vitalicio del narcisismo del analizado, que en él ha proyectado el Ideal del Yo.

CARLOS MOGUILLANSKY:
EL PAPEL DE LA SUBLIMACION EN EL DESARROLLO ADOLESCENTE

La adolescencia

La remodelación adolescente de las instancias psíquicas, junto al complejo trabajo de identificaciones y desidentificaciones (yoicas y superyoicas) que la acompañan, tiene consecuencias sobre las actividades sublimadas.

La necesidad adolescente de redefinir su acervo identificatorio para integrar sus deseos sexuales y su idoneidad genital pone en cuestión las actividades sublimatorias ejercidas en la latencia. Por otra parte, la plena vigencia de la organización genital reestructura los destinos de la sexualidad en general y de la pregenitalidad en particular, dándoles cabida en el desempeño del placer preliminar. Las urgencias de la sexualidad prevalecen sobre las estructuras latentes previas y desestabilizan aquellas vías de trámite de la pregenitalidad que sostenían las actividades sublimatorias.

La masturbación y la vida de fantasía (ensoñaciones y actividades afines) aportan un campo para el despliegue de las diferentes constelaciones posibles de recorridos sexuales en los que las tendencias pregenitales se entrelazan configurando el placer preliminar. Este trabajo de organización de la sexualidad se vertebra sobre fantasías conscientes e inconscientes que dan cuenta de los factores sexuales en juego y de las situaciones conflictivas que surgen entre ellos. La constitución del placer preliminar está íntimamente ligada al “hallazgo del objeto” (Freud, 1905), momento de constitución del objeto de deseo genital, metáfora del objeto infantil, en la que confluyen todos los niveles preedípicos y edípicos de una historia infantil que en este momento se redefine. Estas dos tareas, constitución del placer preliminar y hallazgo del objeto, resumen una serie de operaciones mentales en las que está en juego la totalidad de la mente, el Ello, el Yo y el Superyo.

Los procesos de desidentificación yoica y superyoica desagregan los componentes libidinales y narcisistas que reforzaban los desarrollos sublimatorios latentes. A esto se suma la tarea que constituye al placer preliminar. Los deseos sexuales genitales y pregenitales y los reclamos narcisistas no encuentran

las vías de derivación diseñadas en la latencia y dan lugar a un temple erotizado. Todas las funciones del Yo están expuestas a la erotización y muchas actividades sublimadas exitosas en la latencia fracasan en ese momento. La inhibición, el síntoma y la angustia o bien, las conductas clandestinas dan cuenta de las dificultades de la mente puberal para lidiar con un creciente monto de erotización que irrumpe ante el menor estímulo.

Esta erotización es el obligado resultado de una tarea difícil. La integración de la genitalidad al mundo “no sexual” latente obliga a la remodelación de definiciones y límites simbólicos que discriminen una genitalidad exogámica de sus desvíos incestuosos. La disociación entre el amor sensual y el tierno, las disociaciones entre mundo público y clandestino y la confusión de pares antitéticos ganados en la latencia (masculino-femenino, adulto-infantil, interno-externo) son algunas de las medidas defensivas más conocidas para tramitar las turbulentas erotizaciones que jaquean la mente adolescente.

La confusión y las disociaciones son el resultado del fracaso relativo y temporario de la interdicción edípica ante las nuevas realidades en el ejercicio de la idoneidad sexual. La presencia de sublimaciones en la adolescencia temprana suele ser testimonio de islotes latentes que no han entrado por completo en el proceso adolescente y hacen de borde continente, junto al mundo adulto, a los desbordes del mismo. En el seno de la vida adolescente, la inestabilidad narcisista propicia otras manifestaciones, más cercanas a la conducta heroica y sacrificial, al servicio de ganar una fuente de autoestima o bien, de exculpar los frecuentes accesos de culpa ligados a las fantasías incestuosas activadas en la adolescencia. El sostén narcisista (la autoestima) provisto por el Superyo latente hace crisis y es reemplazado por la vida mental grupal, que sostiene la función superyoica desde una cierta “exterioridad”. Los fenómenos de externalización de las funciones y conflictos mentales ofrecen una nueva geografía mental, ahora interpersonal. Aunque la omnisciencia y omnipotencia atribuidas al Superyo no han menguado, ahora son más eficaces los modos de evitación del conflicto con la ayuda de disociaciones espaciales, “geográficas”, en las que la clandestinidad y las escondidas, apelando a la desmentida, juegan un papel central. La indudable presencia de la erotización y la importancia de esta dimensión geográfica hacen del campo escópico una dimensión

privilegiada. En este campo se privilegia la exhibición de destrezas yoicas y morales que logren rédito narcisista. La vida mental grupal está más cerca de la conducta heroica que de la sublimación en tanto los réditos narcisistas prevalecen sobre el placer funcional. Allí hace valer su influencia un resto de la ideología latente que confunde el éxito de una destreza con un rendimiento emocional.

Por otra parte, los componentes desagregados de la actividad sublimada latente dan lugar a un recrudescimiento de una hipersensibilidad narcisista y homosexual. Las diferencias instrumentales son redefinidas en términos de diferencias de valor y estima, dando lugar a toda suerte de manifestaciones de agresividad narcisista (celos, envidia, rivalidad). La activación de fantasías homosexuales hace su contribución a esta confusión agravándola. Recibir es vivido como una actividad pasiva despreciable homosexual o como un robo triunfal sobre un incauto que ofrece al descuido sus posesiones anales.

La pregenitalidad encuentra un buen campo de manifestación en la vida mental grupal y el interjuego de proyecciones e introyecciones que ésta permite contribuye al ensayo necesario de la misma. La vida grupal desempeña un papel similar a la masturbación en la constitución de las fantasías e identificaciones que culminarán en el hallazgo del objeto sexual. Las posibilidades aportadas por la vida grupal así como sus tiranías influyen en el despliegue de las posibilidades sublimatorias de cada adolescente. Sin embargo, la sublimación encontrará su campo más propicio fuera de la vida grupal en el mundo subjetivo en el que el adolescente se entrega a su propia vida de fantasía. Allí, en contacto consigo mismo, por fuera de las exigencias del triunfalismo narcisista, encontrará los accesos a funciones mentales que se abren al desarrollo de placeres funcionales en los que se sentirá representado auténticamente.

Es recién al final del proceso adolescente cuando se acrecienta la actividad sublimatoria. Con el acceso al hallazgo objetual y la constitución del placer preliminar, la función exitosa de la interdicción edípica y la mejor delimitación del objeto de deseo permitirán el desarrollo de actividades metafóricas, sublimadas, que recuperarán las marcas del pasado infantil. Las identificaciones secundarias se ofrecen como nudos de atracción y el objeto de deseo funciona como indicador para el ejercicio de actividades

sublimadas suplantando las destrezas y exitismos de la latencia y la adolescencia temprana. La adolescencia parece probar que para el desarrollo de las actividades sublimatorias es menester una función metafórica exitosa. La interdicción edípica, con sus funciones de indicación, definición y limitación, con su fórmula “serás como yo pero no serás como yo”, da las bases para el despliegue de caminos que renuncian a la cruda y salvaje meta infantil reprimida primaria, a favor de actividades que la evocan.

Andrés Miguel Fractman
Av. Las Heras 2925, 14° “67”
C1425ASG Buenos Aires
Argentina

Luis Hornstein
Av. del Libertador 4890, 9°
1426 Buenos Aires
Argentina

Carlos Eugenio Moguillansky
Av. Las Heras 3745, 11° “C”
C1425ATB Buenos Aires
Argentina